

Del bienestar al derrumbe económico en *La habitación oscura* de Isaac Rosa: milagro, precariedad, protesta

Eduardo MATOS-MARTÍN
New York University

Resumen

El presente artículo propone una lectura de *La habitación oscura* (2013) de Isaac Rosa, con objeto de examinar cómo esta novela visualiza y problematiza las transformaciones sociales, económicas y subjetivas propiciadas por la crisis de 2008 en España. A partir de los tres niveles temporales que organizan la trama—los años ‘felices’ del boom financiero, la conmoción provocada por la recesión y las nuevas formas de lucha popular aparecidas desde entonces—el artículo estudia las imbricaciones que el texto establece entre las historias de un grupo de amigos que llegó a la edad adulta alrededor del cambio de milenio y los distintos valores semánticos de la habitación en la que se reúnen. En primer lugar, se aborda la dialéctica entre la oscuridad de la habitación y el hedonismo consumista que caracterizó a buena parte de la juventud durante la fase de la ‘burbuja’ (la habitación como espacio para la fiesta). En segundo lugar, se interrogan los efectos devastadores del trauma financiero y la refracción de ellos en la habitación, haciendo hincapié en la precarización de los personajes y la intensificación biopolítica de nuevas formas de control y vigilancia (la habitación como refugio). Finalmente, se analizan los procesos de repolitización que tienen lugar en paralelo a la pérdida progresiva de derechos laborales y condiciones sociales (la habitación como escondite y como centro clandestino).

Palabras clave: crisis, Isaac Rosa, *La habitación oscura*, precariedad, resistencia.

Abstract

This article proposes a critical reading of a novel by Isaac Rosa, *La habitación oscura* (2013) and explores how this literary work visualizes and problematizes the social, economic and subjective transformations caused by the 2008 crisis in Spain. Based on the three temporal levels embedded in the plot—the ‘happy’ years of the Spanish economic boom, the massive impact of the neoliberal crisis, and the new resistance movements appeared since then—the article examines the connections established in the novel between a group of friends that reached adulthood at the turn of the century and the diverse values and meanings associated to a dark room where they routinely spend time together (which also informs the Spanish title of the novel, *The Dark Room*). First, the article interrogates the dialectical relationship between the darkness in the room and the consumerist hedonism that characterized the Spanish youth during the so-called economic ‘bubble’ (the room as a festive space). Second, it discusses the devastating effects of the financial trauma as well as their refraction on the room, emphasizing the precarization of life imposed on the main characters and the biopolitical intensification of contemporary forms of control and surveillance (the room as a refuge). Finally, it evaluates the

characters' re-politicization in parallel to the progressive loss of their labor rights and social conditions (the room as a hiding clandestine center).

Keywords: crisis, Isaac Rosa, *La habitación oscura*, precarity, resistance.

Desde mediada la década de los 90 hasta el trauma financiero de 2008, el Estado español, según las narrativas oficiales, atravesó un ciclo de acumulación y prosperidad sin precedentes, con indicadores macroeconómicos y niveles de consumo muy elevados. Como afirman Isidro López y Emmanuel Rodríguez en *Fin de ciclo*, la fase de la burbuja financiera o 'boom' del ladrillo suelen ser señalada, en efecto, como "la joya de la corona" del capitalismo español tras la transición (2010: 179). Durante los años que median entre 1995 y 2007, según recuerdan López y Rodríguez, la economía creció anualmente al 4%, se triplicó el gasto doméstico, y el parque inmobiliario aumentó nacionalmente en un 40% (2010: 179). Aparentemente, eran tiempos de bonanza y alegría en un país que por fin parecía haber superado su sempiterno atraso histórico, hasta el punto de llegar a jugar, como dijera el presidente José Luis Rodríguez Zapatero, la *Champions League* de la economía global (Redacción, 2007), afirmación que luego fue corroborada por su sucesor en el cargo, José María Aznar, cuando enunció su famoso "España va bien" (LaSexta, 2019). Aún cuando los datos y las condiciones reales no ratificaran tanto optimismo, las versiones hegemónicas oficiales proclamaron triunfalmente que los ciudadanos de ese país vivían bien, ya eran plenamente europeos y ricos, tenían una democracia modélica, y habitaban felices el mejor de los mundos posibles. Esta visión eufórica, dirigida en una buena medida desde las esferas estatales, fue capaz de seducir a la opinión pública española de manera prácticamente indiscutible, tal como lo han puesto de manifiesto numerosos analistas y críticos (Delgado, 2014: 15-23; Martín-Cabrera, 2010: 119-126; Gómez López-Quñones, 2013: 90-93; Rodríguez, 2013: 250-66).

Sin embargo, la crisis global del capitalismo desencadenada tras la quiebra de Lehman Brothers en Estados Unidos en 2008, cuyo corolario inmediato en España fue el pinchazo de la burbuja inmobiliaria-financiera, invirtió drásticamente el sentido de las cosas y puso fin a aquellos tiempos que se decían felices. Las políticas de signo neoliberal que sacudieron a la sociedad española desde entonces (rescates bancarios, pago prioritario de la deuda, reformas laborales, medidas de austeridad, debilitamiento del estado de bienestar, desempleo masivo) dispararon las injusticias del sistema y multiplicaron las personas que las sufren, dejando un número cada vez mayor de seres humanos condenados al abismo de una vida degradada, excluida, desprovista de protección. Tras décadas de 'fiesta' neoliberal, alimentada por el boom crediticio y la especulación financiera, aquella España feliz que durante un tiempo se había subido al carro de la prosperidad se desplomó como un castillo de naipes. Por desgracia para la mayoría de su población, el 'bienestar' anterior se esfumó a gran velocidad e inauguró un nuevo período histórico marcado por la regresión social y económica. Siguiendo a Slavoj Žižek, el escenario de crisis habría inaugurado en España, al igual que en otros

países del entorno europeo, un estado de emergencia económica que poco a poco se ha hecho “permanente y se está convirtiendo en una constante, transformándose en una forma de vida” (2012: 81)¹. De este modo, los relatos triunfalistas que habían sido predominantes desde la época de la transición entraron en declive, al tiempo que se abrió una nueva oportunidad para la lucha política, con nuevas energías sociales y culturales que se cristalizaron en movimientos como el 15M.

La novela de Isaac Rosa que examinaré en lo que sigue, *La habitación oscura* (2013), plasma justamente el devenir histórico de una franja de la sociedad española (la generación de los nacidos en la década del 70) que transitó desde aquella supuesta prosperidad de los tiempos de la burbuja hasta el colapso de sus sistemas de vida y el renacer de la conciencia social durante la crisis. La ficción de Rosa reconstruye literariamente la trayectoria de una serie de personajes (Raúl, Sonia, Silvia, Sergio, Eva, María, Jesús), pertenecientes a un mismo círculo de amigos, que pasaron de autoidentificarse como clase media tras ser masivamente hipnotizados por los cantos de sirena del bienestar y del consumo, a verse severamente golpeados por la recesión y ser transformados en integrantes de lo que se ha bautizado como precariado (concepto que, como luego se expondrá, refiere una nueva clase social definida por la inseguridad y la vulnerabilidad). El argumento de la novela pivota entonces en torno al descenso a la precariedad de sus protagonistas y al vínculo que estos establecen con una habitación ubicada en un local que tienen alquilado, en la cual se reúnen regularmente durante un período de unos quince años, primero para divertirse sin preocupaciones y mantener relaciones sexuales, más adelante para utilizarla como refugio donde evadirse de un mundo hostil que se desmorona, y finalmente para urdir operaciones subversivas contra el orden instituido.

El presente artículo plantea un análisis de *La habitación oscura* a fin de examinar cómo esta novela representa y problematiza las transformaciones sociales, económicas y subjetivas propiciadas por el estallido financiero de 2008. Concretamente, se estudian las imbricaciones entre los múltiples valores semánticos adscritos a la habitación (esta es un tropo complejo que cambia de significación a lo largo de la obra) y los tres niveles temporales que a mi juicio organizan la trama: los años ‘felices’ del boom, la conmoción provocada por la debacle financiera de 2008, y las nuevas formas de lucha popular desencadenadas desde entonces. A tenor de ello, mi análisis de la novela se estructura en tres partes: la primera de ellas se ocupa de la dialéctica entre la oscuridad del cuarto y el hedonismo consumista que caracterizó a buena parte de la juventud durante los tiempos álgidos de la burbuja; la segunda aborda las consecuencias de la crisis y la

¹ Otros muchos autores han incidido en esta idea de régimen de excepcionalidad económica o excepción convertida en norma. Xavier Arrizabalo, por ejemplo, considera que la crisis y sus medidas de ajuste constituyen un régimen de “excepcionalidad permanente” y que “la constante apelación a circunstancias excepcionales” es el instrumento “para imponer siempre la misma política, de forma permanente” (2016: 29). Para Zygmunt Bauman y Carlo Bordoni, “crisis” es originalmente un término médico que indica que un paciente está grave y tiene peligro de morir, por lo cual tal vez no sea esta la forma más idónea de designar la situación actual, dado que da la impresión de nombrar una coyuntura temporal de la que se podrá salir pronto a través de un tratamiento adecuado (2016: 24-25).

refracción de ellas en ese espacio común, haciendo hincapié en la precarización de los personajes y en la intensificación biopolítica de procedimientos nuevos de control y vigilancia; la tercera parte se centra, finalmente, en la repolitización que tiene lugar en paralelo a la pérdida progresiva de derechos laborales y condiciones sociales.

La habitación oscura se suma, por ende, a la amplia nómina de textos de ficción que se han ocupado de tematizar las desigualdades e inestabilidades producidas por la crisis, los cuales han sido habitualmente agrupados bajo etiquetas como *novelas de la crisis* o *narrativas precarias*². Ni que decir tiene que la literatura sobre la crisis ha sido un fenómeno con múltiples voces, articulado desde diversas posiciones ideológicas y estéticas, al que conviene acercarse con cautela. Desde el punto de vista de su dimensión política, y asumiendo la enorme simplificación que ello supone, quisiera destacar dos posibles itinerarios para esta literatura. En primer lugar, la posibilidad de convertir la crisis en una nueva ‘moda’ editorial regida por los criterios de la espectacularidad y el consumo (de manera similar a lo ocurrido con la narrativa centrada en la memoria histórica)³, en línea con las pautas marcadas por eso que se ha venido nombrando con el término “Cultura de la transición” (o “CT”): una lógica cultural fundamentalmente ligada al binomio Estado/Mercado que ha funcionado en el período democrático como mecanismo facilitador de los consensos y la estabilidad (Martínez, 2012: 13-23). En segundo lugar, la potencialidad de abrir nuevos caminos para el renacimiento de una cultura con conciencia política y vinculada a lo social, esto es, una cultura de compromiso que cuestione las ortodoxias dominantes y contribuya a la disrupción de los poderes establecidos (en sintonía con los nuevos movimientos populares). Sin ánimo de clasificar taxonómicamente a las ficciones del desastre económico entre políticamente críticas o acriticas, parece evidente que, dentro de su heterogeneidad, algunas de ellas, como alerta David Becerra, podrían fácilmente asumir el relato neoliberal y presentarse como lamento nostálgico o respuesta individualista ante una situación catastrófica, sin inquirir en las causas estructurales de fondo (2015a: 21-22). Ahora bien, también pueden surgir, evidentemente, ficciones que tengan como objetivo, según este mismo autor, “visibilizar el conflicto” y “cuestionar el capitalismo” (21-22). Otras ficciones, pues, que tematizen la recesión desde el antagonismo con el sistema capitalista, a contrapelo de los parámetros ideológicos y epistemológicos imperantes, y con un alineamiento claro con los excluidos y oprimidos por la historia (en la estela de la filosofía materialista de Walter Benjamin). Desde mi punto de vista, la mayor parte de las obras literarias aparecidas en los últimos años encajan como ejemplos de estas obras a las que se podría denominar contrahegemónicas o disidentes, y entre las cuales caben nombrarse, sin lugar a dudas, las escritas por Isaac Rosa, así como las de otros autores y autoras como Rafael Chirbes, Rafael Reig, Belén Gopegui, Pablo Gutiérrez, Rosario

² También ha ido surgiendo un interés crítico por las manifestaciones culturales que se han ocupado de la crisis. Destaco, en este sentido, los volúmenes editados por Christian Claesson (2019) y David Becerra Mayor (2015a).

³ Sobre la ‘moda’ editorial de la Guerra Civil y la dictadura franquista en la literatura española, véase David Becerra Mayor (2015b).

Izquierdo, Alfons Cervera, Elvira Navarro, Marta Sanz, Elvira Navarro, Aixa de la Cruz, Javier Mestre o Javier López Menacho.

En efecto, la escritura de Isaac Rosa siempre se ha distinguido por su intencionalidad de reexaminar críticamente la historia reciente española y por entender la literatura misma como un locus desde el cual interrogar y denunciar el pasado fascista y la racionalidad contemporánea neoliberal. Todas sus obras se alejan de los imaginarios ideológicos y las convenciones estéticas preponderantes, pudiendo ser calificadas, según indica Mélanie Valle, como “contranarraciones” o “narraciones oriundas en una lectura crítica de discursos o relatos comunes con los que entra en diálogo” (2015: 166). Tras varias entregas centradas en la contienda civil y la dictadura franquista –*La malamemoria* (1999), *El vano ayer* (2004) y *¡Otra maldita novela sobre la Guerra Civil!* (2007)–, Rosa ha publicado una nueva secuencia de narraciones –*El país del miedo* (2008), *La mano invisible* (2011), *La habitación oscura*, su novela gráfica *Aquí vivió. Historia de un desahucio* (2016), *Final feliz* (2018), o su colección de relatos *Tizna roja* (2020)– en las que indaga las problemáticas sociales y económicas contemporáneas, abarcando desde la exploración de los miedos inherentes a las sociedades de mercado o las relaciones del trabajo hasta las coyunturas materiales y psicológicas de la crisis (paro, explotación laboral, situaciones de pareja, suicidios, represión policial, precariedad, trastornos mentales). *La habitación oscura*, la novela que será analizada a continuación, visibiliza y complejiza el relato del ‘milagro’, el impacto traumático de lo ocurrido en 2008 y la posterior revitalización de la protesta en España.

LOS AÑOS DEL BOOM ECONÓMICO: HEDONISMO, SEXO, RISA

La primera parte de la novela narrativiza los años del boom o milagro económico español a partir de las experiencias del grupo protagonista de amigos en la habitación oscura, lugar común sobre el que gravitan sus vidas, donde socializan y se divierten regularmente: “el vértice alrededor del cual todos girábamos, como atados a ella por cordeles que nos permitían alejarnos, pero no irnos del todo” (Rosa, 2015: 43). Así, mientras la mayoría de las novelas centradas en la crisis presentan una historia individual, focalizada en el yo, la intención de Rosa no es enfocarse en una sola historia, sino captar coralmente las vidas de una pandilla heterogénea de amigos cuyas circunstancias son similares⁴. La alternancia constante de múltiples voces narradoras que cambian indistintamente de género (a veces es una voz femenina y otras veces masculina) y de número (a veces una voz individual y otras veces plural) refleja el carácter comunitario de la experiencia. Aunque los personajes llevan vidas diferentes fuera del cuarto oscuro

⁴ Tal sería el caso, por citar algunos ejemplos, de Marco, un trabajador de clase media despedido a inicios de la crisis que se precipita hacia una existencia marginal en *Democracia* de Pablo Gutiérrez, de Elisa, una correctora de libros que somatiza la condición económica y sufre trastornos psicológicos en *La trabajadora* de Elvira Navarro, de la crónica en primera persona de un desahucio y sus consecuencias en *A la puta calle* de Cristina Fallarás, de la experiencia personal en diversos empleos precarios de Javier López Menacho en *Yo, precario* de Javier López Menacho, o de la mujer que trabaja con otras mujeres precarias en los barrios marginales sevillanos en *Diario de campo* de Rosario Izquierdo.

y se desempeñan profesionalmente en ámbitos muy diversos (viajes turísticos, banca, enseñanza, servicio de peluquería, investigación informática, animación cultural), todos disfrutan de una vida relativamente despreocupada y se piensan a sí mismos como componentes de las clases medias urbanas, incluso cuando no ganan mucho dinero y sufren contratos laborales ya frágiles. En aquella España en la que se concedían créditos con facilidad y se consumía ávidamente, estos jóvenes, cuyo poder adquisitivo es bastante limitado, podían disfrutar de hoteles con encanto, teatros y conciertos, viajes a las capitales europeas, visitas a los centros comerciales, restaurantes recomendados (47-48). La acumulación narrativa de largas listas de sistemas de dinero y mecanismos de pago (facturas, plazos, créditos, nóminas, plusvalías, beneficios, dividendos, sobres, maletines, cuentas, depósitos, cajas fuertes) o mercancías compradas es una de las estrategias usadas por Rosa (la retórica de la enumeración es un recurso habitual en sus ficciones) para expresar el frenesí consumista tan característico de la época (49). Como comenta uno de los personajes-narradores:

nuestras vidas en esos años podrían contabilizarse, monetizarse, dejarían un rastro de billetes arrugados y monedas sin brillo allí por donde pasamos, como una huella de baba, la vida resumida en apuntes bancarios, ingresos, reintegros, pagos, recibos. (49)

Los personajes de Rosa, cooptados por semejante universo mesocrático de gasto y consumo, vienen así a encarnar el sentido común de toda una época. En efecto, el imaginario sociocultural del neoliberalismo, que primero fue *descubierto* e impulsado por el Estado franquista en el curso del período desarrollista y tecnócrata, ha constituido, según lo han sugerido varios críticos, uno de los grandes metarrelatos en las últimas décadas democráticas, llegando a su máxima expresión en los tiempos de la burbuja (Sánchez León, 2010: 14-15; Moreno-Caballud, 2017: 76-77; López; Rodríguez, 2010: 467). A través de sus protagonistas, la novela muestra hasta qué punto ese imaginario, algunos de cuyos indicadores son la lógica consumista, la épica modernizadora, el individualismo conformista o la confianza en la movilidad ascendente, colonizó exitosamente las subjetividades de quienes se hicieron adultos en los 90 o inicios de los 2000. Es así que el colectivo de amigos de la novela ha aceptado y asumido con entusiasmo, por ejemplo, la lectura triunfante del progreso (el relato del fin de la historia) conforme a la cual el crecimiento sería ilimitado y los recursos materiales infinitos. La idea de que la expansión de la sociedad de mercado es permanente (una de las fantasías estructurales del capitalismo) queda expuesta de la siguiente manera por uno de los personajes:

la acumulación nunca terminaría, ese era el pacto, esa era la ley, con el tiempo esperábamos que nuestras propiedades siguieran creciendo y multiplicándose por pura reproducción natural: los pisos se ensancharían y se volverían diáfanos, las casas ganarían en altura y extenderían sus jardines hasta horadar el suelo para encontrar una piscina cuya iluminación contemplaríamos desde el porche descorchando un vino en el que ya sabríamos reconocer la vainilla y la pimienta y los frutos del bosque. (78-9)

O también:

Nada indicaba que alguna vez fuera a detenerse aquella máquina prodigiosa que nos conducía al futuro. Eran años de acumulación, de sumar un patrimonio que exigíamos como una cosecha que estaba ahí, sembrada, a la espera de ser recogida. (74)

Estos dos fragmentos recogen el lenguaje grandilocuente que ordenó la sociedad española en aquella época: la gran ‘burbuja’ de expectativas e ilusiones que parecía dibujar para todos un futuro repleto de bienestar, consumo ilimitado, casas lujosas, o empleos bien remunerados. Rosa metaforiza dicha atmósfera de bonanza a partir de dos motivos principales: el sexo y la risa. En primer lugar, el sexo lo practican sus protagonistas en la habitación oscura del sótano, de manera libre y desinhibida, aprovechando el anonimato que semejante espacio les confiere desde que un sábado cualquiera se va la luz y se quedan a oscuras. Significativamente, Rosa fusiona a todas estas corporalidades dentro de un cuerpo común –“un solo cuerpo extenso y tentacular que desplazaba todos sus brazos y piernas arrastrándose como un insecto gigante” (29)– el cual apunta simbólicamente al goce consumista colectivo y al ambiente mesocrático de felicidad que de manera abrumadora triunfaron en aquellos tiempos. Ayudados por el alcohol, estos jóvenes se divierten ajenos a toda responsabilidad social y ética, reproduciendo, en ese frenesí de cuerpos fundidos en uno solo, la orgía de hiperconsumo y éxito que reinaba en aquel país aparentemente libre de conflictos. En segundo lugar, la risa alegoriza, análogamente, la sensación de “deleite” colectivo que caracterizó a esa etapa: “si tuviésemos que resumir aquellos primeros años en un instante, todos mencionaríamos el mismo: la risa, el día de la risa” (35)⁵. La imagen paródica de unos individuos entregados a la carcajada fácil y a la fiesta constante se sucede en la primera parte de la novela, hasta el punto de que se comparan las experiencias de sus protagonistas con las de los de una comedia televisiva:

la memoria de aquellos años tiene un fondo sonoro de risas, como si la habitación oscura fuese el decorado principal de una sitcom: la telecomedia en que se convirtieron nuestras vidas al acercarnos a la treintena. (43)

[...] una de esas comedias con los clichés habituales: pisos compartidos, cambios de pareja, encuentros y desencuentros. (50)

En suma, el sexo y la risa reflejan las circunstancias de unos sujetos que vivían inmersos en la fantasía de una existencia económicamente boyante, dedicados al disfrute, sin tomar conciencia de los mecanismos de precarización que por aquel entonces ya estaban funcionando. Vivían satisfechos y dichosos, ignorando las tensiones sociales y las contradicciones económicas inmanentes al sistema, como si ellas también hubiesen sido invisibilizadas por la ausencia de luz en el cuarto. La fórmula narrativa de imaginar el pasado como una sitcom o comedia, con sus risas enlatadas, sirve asimismo para enfatizar el carácter ilusorio de aquella especie de *belle époque* en la que creyeron habitar. La sucesión narrativa de gags o escenas retrospectivas de esa comedia que los

⁵ La risa usada con un sentido paródico es un motivo literario que también aparece en *El vayo ayer*. En esta novela, la violencia política del franquismo (palizas, torturas, desapariciones) es representada a través del lenguaje cómico para así lograr un efecto aún más perturbador (Rosa, 2014: 122-124).

amigos protagonistas evocan, a veces acompañadas por la palabra “risas” escrita entre paréntesis, descubren, de manera irónica, la falsedad del mundo dentro del cual estas subjetividades, moldeadas por los dispositivos de la comunicación y el consumo, se perciben a sí mismas como clases medias con un alto nivel de vida. En la imaginaria comedia televisiva de la que se sentían parte, cada uno, dentro de su mismidad, “dibujó su mapa del tesoro, su cuento de la lechera, porque parecía fácil, porque nos lo habían prometido, porque habíamos nacido para eso” (52).

En síntesis, esta primera parte de *La habitación oscura* pone en escena las maneras en que sus protagonistas abrazaron el paradigma celebrativo del ‘boom’ económico en sus tiempos de máxima hegemonía (‘abrazo’ simbolizado por el sexo y la risa), sin reparar en que ello no era sino una ficción que pronto iba a romperse. Porque dicho boom o milagro económico, ceñido a la expansión de una gigantesca ‘burbuja’ financiero-inmobiliaria, fue, en realidad, distribuido de manera desigual y restrictiva, enriqueciendo a una minoría, engañando al grueso de la población, y empujando a otros muchos a la exclusión social (Etxezarreta, 2007: 190-95; Standing, 2013: 7-14; López; Rodríguez, 2010: 231-238). Por ello, y pese a que la aceleración económica fuera innegable (conforme a los datos ya expuestos), la acumulación de riqueza fue muy selectiva y sus beneficiarios reales muy pocos: los segmentos ricos de la población y las elites empresariales (entidades bancarias, fondos de inversión, sociedades inmobiliarias, medios de comunicación). Para los segmentos más desfavorecidos y explotados, en particular los de las periferias urbanas, se mantuvieron las tasas de pobreza ya habituales desde décadas atrás. Y finalmente, para las autodefinidas ‘clases medias’, la prosperidad fue mayormente ilusoria, ya que los niveles económicos crecieron gracias a los créditos fáciles (el endeudamiento) o a la atmósfera presentista más que a una subida real de los salarios, así camuflando las fracturas sociales que ya estaban teniendo lugar (López; Rodríguez, 2010: 179; Arrizabalo, 2016: 22; Pérez-Orozco, 2014: 61). Esto último lo ejemplifica Raúl, uno de los personajes de *La habitación oscura*, quien tiene un empleo precario y poco remunerado en una agencia de viajes que le permite consumir y viajar por el mundo, mas no proyectarse en el futuro junto a su pareja con un mínimo de seguridad: “no podían comprar un piso, solo les llegaba para alquilar un apartamento pequeño, tampoco tenían prisa por traer hijos, y a cambio conocieron las principales capitales europeas, Turquía, Egipto, Vietnam” (104). Evidentemente, Raúl y los demás personajes no disfrutaban de las ventajas que se les suponen a las capas medias, pero tampoco puede afirmarse que sean exactamente trabajadores tradicionales: son más bien, como el cataclismo financiero pondrá al desnudo en la segunda parte del texto, una clase social ya signada por la precarización aún a pesar de sus joviales hábitos de consumo y maneras de vivir.

En función de lo expuesto, la habitación aparece en la novela como un espacio cargado de significación que se abre a diversas interpretaciones, siendo susceptible de ser juzgada, en la primera parte de la novela, como una figuración alegórica de la miopía o ceguera de unos individuos ajenos a lo que ya había de injusto en aquella época. Desde esta perspectiva, la habitación, en tanto que espacio donde se practica sexo en grupo y se bebe festivamente, simboliza las marcas de la hegemonía discursiva (celebración,

consumo, optimismo, espectáculo) sobre los personajes, cuyas subjetividades han sido biopolíticamente domesticadas de acuerdo con el modelo del mercado neoliberal⁶. En este orden interpretativo, la habitación alegoriza conjuntamente el inconsciente colectivo de unos jóvenes que interiorizaron la imagen cegadora de una España feliz y próspera, entregándose con entusiasmo a los valores del consumismo más hedonista y complaciente. Como observa David Becerra al respecto, la novela de Rosa puede ser entendida, de hecho, como una impugnación cultural a toda una generación que “lejos de comprometerse políticamente en la construcción de una sociedad distinta, fue partícipe de la construcción de una sociedad ciega, incapaz de encender una bombilla para ver en la oscuridad el funcionamiento objetivo del capitalismo” (46). Se trataría, en este sentido, de una narración autorreferencial en la medida en que el escritor mira hacia atrás para diseccionar a la generación de la que él es parte (sin que ello quiera decir, por supuesto, que se identifique con sus personajes).

A la luz de estas ideas, la habitación consigue paradójicamente, ante a la incapacidad de los personajes para ‘ver’ el trasfondo de sus realidades, hacer que lo invisible se haga visible para el lector. La oscuridad del cuarto ‘ilumina’ de esta manera la contracara negativa de aquella España que a priori iba bien y se decía europea, moderna o próspera, al tiempo que se muestra como un potente recordatorio de la indiferencia ideológica o cómodo apoliticismo en los que se instaló la sociedad española hasta que despertó violentamente tras el hundimiento de la economía mundial en 2008.

DE TURISTAS DE LA CRISIS A SUJETOS DEL PRECARIADO

En este apartado me dispongo a analizar cómo *La habitación oscura* narra el progresivo (pero implacable) empeoramiento de las condiciones materiales de vida de sus personajes, así como la frustración de su horizonte previo de aspiraciones. A grandes rasgos, argumentaré que la novela captura, a través de sus personajes, el tránsito de una buena franja de la sociedad, que por décadas había vivido la ilusión del progreso económico gracias a la ‘fiesta’ del ladrillo, hacia lo que teóricos como Guy Standing han conceptualizado como “precariado”. Para este autor británico, recuérdese, la estructura de clase sobre la que se sostenía la sociedad posfordista se ha fragmentado en el curso de la globalización neoliberal con la irrupción del precariado (neologismo que combina los términos ‘proletario’ y ‘precario’): un nuevo segmento social que coexiste con la clase obrera y que se define por estar expuesta a una mayor inseguridad existencial (Standing, 2013: 26-34). En el contexto español, tal irrupción del precariado se ha hecho particularmente palpable desde el desplome de la economía en 2008, en función de las políticas neoliberales que le siguieron: planes de austeridad, destrucción del Estado del bienestar (vivienda, salud, educación, pensiones), reformas laborales (salarios más bajos, jornadas de trabajo más largas, quiebra de los sindicatos), etc. Aunque (obviamente) el

⁶ Como elaboran Pierre Dardot y Christian Laval en su libro *La nueva razón del mundo*, el neoliberalismo no es solo un sistema económico sino una maquinaria de subjetivación que estructura las conductas conforme a los valores del mercado neoliberal y, de hecho, su éxito estriba justamente en la fabricación de sujetos individualistas, consumistas, que cuidan de sí mismos y solamente de sí mismos (2013: 11-23).

proletariado industrial también sufre la explotación y la escasez, el sujeto del precariado tiene que hacer frente a escenarios de exclusión e incertidumbre más inflexibles (desocupación permanente, trabajos basura, sueldos míseros) –inflexibilidad curiosamente relacionada con la ‘flexibilización’ laboral– y dispone de menos posibilidades de planificar una vida digna (acceder a una vivienda, posibilidad de tener hijos, ausencia de protección social)⁷.

Dadas estas premisas, quisiera plantear que la novela de Rosa registra la propagación del precariado en el paisaje social español: sus protagonistas personifican justamente la acentuación de la desigualdad, la erosión de los derechos, o la reorganización de los modos del trabajo. Pese a que estos jóvenes ficticiales ya habían constituido una versión suave del precariado –en el contexto de una economía cada vez más inclinada hacia un modelo neoliberal de acumulación financiera– los tiempos de crisis han amplificado enormemente su condición de vulnerabilidad e inseguridad, hasta el punto de que dicha condición se ha convertido en la norma⁸. Como argumenta Isabell Lorey en *Estado de inseguridad*:

Si no entendemos la precarización, no entendemos ni la política ni la economía del presente. La precarización no es ningún fenómeno marginal [...] precarización no es ninguna excepción, sino que es la regla. Se extiende por todos los ámbitos que hasta ahora eran considerados seguros. Se ha tornado en un instrumento de gobierno además de en un fundamento de la acumulación capitalista al servicio de la regulación y el control social. (2016: 17)

Para estos jóvenes, empero, no se trata de una caída en picado hacia ese estado generalizado de vulnerabilidad e inseguridad, sino un paulatino desinflamiento de aquel ‘exitoso’ escenario de expansión que a sus ojos parecía no tener fin. A medida que van cumpliendo años y se hacen adultos, aparecen los apuros normales de la vida (ataques de ansiedad, enfermedades familiares, separaciones sentimentales), pero al mismo tiempo, tras el estallido de la burbuja, comienzan a notar cómo también se van disipando los puntos de referencia sociales y culturales que hasta entonces los habían singularizado (vacaciones, hipotecas, restaurantes, escapadas, balnearios). O sea, no tardan en experimentar en carne propia, aunque sea gradualmente, los efectos de la crisis y sus medidas de ajuste: despidos colectivos, desvanecimiento del ahorro, disminución del consumo, nóminas atrasadas, cierres de comercios. Los hechos de 2008 constituyen el punto de inflexión que marca el principio del fin de las expectativas previas de prosperidad y que torna el trayecto vital de quienes habían aspirado a vivir mejor que sus padres en un penoso retroceso hacia la precariedad que incluye un retorno simbólico al hogar familiar, como si se tratara de una vuelta a la minoría de edad:

⁷ Podría decirse, en consecuencia, que el precariado no solo está relegado del bienestar de las clases medias, sino también de las estructuras tradicionales de trabajo (jornada fija, identidad ocupacional, sindicatos, convenios) así como de ciertos imaginarios de consumo de las que ‘disfrutaba’ la clase obrera.

⁸ No en vano, ya antes, durante los años de euforia financiera, se hablaba de un estado crisis a diversos niveles: crisis ecológica, crisis de los cuidados, crisis de salud, crisis civilizatoria, etc. (Pérez Orozco, 2014: 62-63).

Y de repente algunos desanduvimos lo andado y en poco tiempo vimos cómo el vendaval nos arrojaba hacia atrás, no alejaba de la casa de dos alturas, el *loft* industrial o el ático que nunca tuvimos pero que creíamos próximos; nos encerraba en nuestras viviendas que había que reforzar a toda prisa antes de que fuesen arrastradas por el soplido; a algunos acabaría estrellándolos de vuelta a pisos más pequeños, y hasta compartidos, e incluso hubo quien viajó en el tiempo con un salto inesperado para encontrarse otra vez en el dormitorio juvenil que sus padres no llegaron a desmantelar como si adivinasen el final de la escapada. (100)

La novela se hace eco de dos metáforas que han sido usadas una y otra vez para referirse a la violencia económica y a los sufrimientos generados por ella durante la crisis: la metáfora del terremoto (100) y la metáfora de la guerra (114). Pero a diferencia de la angustia y urgencia con que se suelen vivir en primera persona estos acontecimientos caóticos (los desastres naturales o las violencias bélicas), los jóvenes de *La habitación oscura* las experimentan desde la ajenez, como si fueran turistas contemplando el espectáculo del desastre:

Si aquello era un terremoto, no lo vivimos como víctimas, ni supervivientes aterrorizados, sino como algo bien diferente: como turistas. Nadie se escondió bajo la cama, todos subimos a la azotea para ver mejor el derrumbe, éramos turistas temerarios que en pleno seísmo se entretienen en fotografiar los edificios arrodillados, las grietas del hormigón, los cadáveres aplastados bajo vigas y cubiertos por un mantillo cenizo, la belleza de los puentes desplomados. (100)

Al principio, los personajes de Rosa hablan de los sucesos adversos relacionados con la crisis—familias sacadas a la fuerza de sus hogares, colas en los comedores sociales, peleas por la basura de los supermercados, tratamientos médicos negados en un hospital—como si fueran tertulianos televisivos, viéndolos desde afuera, sin pensar que tales dramas, tarde o temprano, de una forma u otra, también les atañerán de lleno a ellos (137). En tal respecto, habitan durante un tiempo una suerte de interregno en el cual sus vidas no son ya ni comedia ni aún tragedia: las risas enlatadas dejan de escucharse, mas aún es posible la diversión y quedan momentos buenos (76). Como apunta uno de los narradores, bajan varios escalones, pero se mantienen en la escalera, consumiendo menos, pero aun consumiendo: cerveza de marca blanca, vino de oferta, series de televisión descargadas, ropa de liquidación, vacaciones en el pueblo, etc. (138). Sin embargo, tras haber salido ilesos de los primeros bombardeos y destrozos, abandonan pronto ese espacio liminal cuando advierten que los proyectiles empiezan a impactarles y que la descomposición que sigue a la violencia espectacular de los movimientos sísmicos empieza a devorarlo todo, como si fuera una peste (136-137). Finalmente, las señales del desastre se multiplican y las carcajadas de la comedia de la que se habían sentido parte, y que por un tiempo aún eran posibles, se voltean inexorablemente en gritos ensordecedores y alaridos desgarrados (165-166).

En realidad, las metáforas de las catástrofes empleadas comúnmente para retratar la crisis —y esto es lo que en el fondo parece sugerir Rosa— naturalizan un fenómeno eminentemente político, para el que hay responsables de carne y hueso, al conferirle una causa natural. Esta identificación de la crisis económica con los terremotos o con los desastres naturales, según lo observa Slavoj Žižek, es despolitizadora en tanto en cuanto

“no hay nada natural en semejante crisis” y “el sistema global económico existente se sostiene en una serie de decisiones políticas” (2012: 33). En la novela, en efecto, el nuevo panorama económico no se revela como un acontecimiento natural y excepcional que habrá de terminar con un regreso a la época ‘feliz’ (o a su promesa deslumbrante de felicidad), sino como un proceso político de degradación que se desarrolla lento, de forma progresiva, hasta convertirse en la normalidad: un nuevo estado de cosas que ha venido para quedarse. Como lo han puesto de relieve numerosos críticos (Gómez López-Quñones, 2013: 69-76; Sassen, 2005: 50-7), la crisis no es solo un retroceso episódico puntual de la actividad económica sino una reestructuración sistémica y permanente hacia una modalidad más extrema del capitalismo⁹. Así lo enuncia uno de los personajes de *La habitación oscura*, Silvia, cuando les reprocha a los demás que no se den cuenta de ello:

aún confiáis en que esto sea solo un paréntesis, una mala temporada, que al final habrá un día en que os despertaréis y los periódicos titularan que la guerra ha acabado, la crisis ha acabado y lo celebraremos abrazándonos en las plazas mientras llueve confeti, y entonces volveréis al mismo sitio donde estabais cuando todo empezó, y podréis retomar desde ahí la vida detenida, recuperar lo perdido, todo lo que esperabais y ahora no llega. (142)

Para ilustrar el continuado retroceso social y económico que se despliega alrededor de los personajes, Rosa recurre a la imagen de un contador numérico que gira incontenible hacia atrás, en sentido inverso, hasta entrar en zona negativa. Con este movimiento en sentido contrario, el tiempo presente –y su promesa de futuro– entran en un diálogo con el pasado, desenmascarando la falsa prosperidad de los años previos y alejando a los personajes cada vez más de su ‘paraíso’ perdido, hasta devolverlos al punto de partida:

giro invertido para marcar ahora también el ritmo de nuestras vidas, el nuevo ritmo que iría ganando otra vez velocidad, como antes pero en sentido contrario, para deshacer lo hecho, perder lo ganado, disipar lo acumulado; como si el planeta hubiese comenzado a rotar para el lado opuesto y en su retroceso fundiese lo sólido, borrarse lo escrito, estrechase otra vez las paredes de nuestras casas que creíamos iban a dilatarse para siempre, encogiese nuestros salarios e ingresos cuando esperábamos su revalorización infinita. (99)

En sintonía con ese indicador numérico, cuyo movimiento negativo se precipita hacia el futuro, la trama recompone varias historias dramáticas representativas de la nueva geografía de angustia y pérdida. Por ejemplo, Sonia, animadora cultural que se queda en paro debido a los recortes del presupuesto destinado a actividades culturales, se ve abocada a recurrir a empleos temporales y explotadores como hacer catering en

⁹ Tras un breve período en el que famosos economistas e incluso líderes mundiales de derechas como Nicolas Sarkozy pidieron un mayor intervencionismo estatal y prescribieron una refundación del capitalismo, ocurrió justo lo opuesto. Como recuerdan Pierre Dardot y Christian Laval: “Lejos de acarrear un debilitamiento de las políticas neoliberales, la crisis ha llevado a su *refuerzo* brutal, en forma de planes de austeridad instaurados por Estados cada vez más activos en la promoción de la lógica de la competencia de los mercados financieros” (2013: 11).

hoteles o servir en las cafeterías de los trenes de alta velocidad, al tiempo que observa con sarcasmo la verdadera opulencia de los pudientes (117-118); Sergio, afectado por un despido colectivo (un ERE), a quien su empresa no le permite siquiera despedirse de sus compañeros o recoger personalmente sus cosas, opta avergonzado por ocultarle la situación a su familia (114-117); Raúl, que pierde su puesto de trabajo en la agencia de viajes y acepta un crucero como forma de indemnización (crucero que imagina como si fuera una manera de “celebrar” el fin de los buenos tiempos): una travesía por el Mediterráneo para dos personas con todos los gastos incluidos que resulta ser un engaño y que pasa con su pareja sin apenas salir del camarote (104-107); y finalmente Eva, quien se suicida cuando sufre una depresión condicionada por la inestabilidad en su entorno laboral (126). Todas estas sórdidas “historias de vida”—por usar la expresión de Germán Labrador— encarnan de forma paradigmática el nuevo contexto de precariedad y el impacto psíquico derivado de ella, así como el vaciamiento de los marcos de sentido asociados al período del milagro. Expresado de otra forma, la crisis se revela aquí como un proceso multidimensional que desborda la esfera puramente económica y social, trasvasándose a los ámbitos de la epistemología (el desgaste de los relatos del progreso) y la subjetivación (lo precario como cualidad constitutiva del sujeto).

En otro orden de ideas, el texto de Rosa también escenifica, en paralelo a la precarización lacerante, la aceleración biopolítica de las nuevas técnicas de control impuestas por los poderes contemporáneos sobre la vida. Por mediación de Jesús, uno de los primeros integrantes del grupo de la habitación, que había trabajado en una empresa informática y ejerce ahora como hacker, el texto recoge la creciente vigilancia digital impuesta sobre los trabajadores y los ciudadanos. Recuperando el concepto de Jeremy Bentham, los dispositivos de supervisión desplegados por doquier en los centros laborales funcionan en la práctica, según Jesús, “como un panóptico, esa cárcel donde lo importante no es que puedan verte en cualquier momento y desde cualquier ángulo” (144). Como explica Byung Chul-Han (2014) en *Psicopolítica*, el neoliberalismo ha configurado un régimen totalitario de vigilancia (y autovigilancia) —al cual se refiere como “panóptico digital”— que controla los cuerpos y subsume sus vidas a través de los medios electrónicos y digitales sin apenas necesidad de coacción disciplinaria. Más que explotar los cuerpos para generar riqueza (como era el caso de los trabajadores asalariados de las fábricas), la invasión tecnológica de la privacidad es un mecanismo de dominación (y acumulación) que funciona generando sistemas de competencia (incluyendo/excluyendo a los empleados en tales sistemas) a la par que un instrumento de subjetivación capaz de modificar los comportamientos humanos (la psicología es, por ello, un objetivo primordial del poder). Como se aprecia en la obra, la información extraída por este poder “psicopolítico” contribuye decisivamente a la precarización de los cuerpos, ya que es ampliamente utilizada para facilitar los despidos o para empeorar las condiciones laborales en los lugares de trabajo.

Ante esta doble situación opresiva (precarización material y control digital), la oscuridad de la habitación, que antes significaba ceguera e ignorancia respecto de lo que se escondía bajo la máscara de bienestar, ahora parece alegorizar el territorio tenebroso al que son trágicamente conducidos los protagonistas. La penumbra del sótano también

representa, en este sentido, las condiciones sociales y económicas, cada vez más violentas, que reinan en el exterior: la pérdida del trabajo, la instauración de políticas neoliberales, la precariedad, los nuevos miedos, la represión policial. Al mismo tiempo, el sótano, tras un período intermedio (interregno) durante el cual estuvo menos concurrido, cumple una doble función en esta segunda parte de la novela. Como lo sugiere José Jurado, la habitación constituye, por un lado, “una opción de fuga” en el sentido de que allí se esconden los protagonistas cuando desean escapar “de las miserias del trabajo, la relación de pareja, la persecución de un acosador, el cuidado de un padre demente, el aporreamiento de unos antidisturbios, etc.” (37); y, por el otro, es asimismo un cobijo donde guarecerse de “la tendencia del mundo actual a la observación, la vigilancia, el control, la fiscalización de los movimientos y comportamientos de cualquier ciudadano” (37). Así entonces, la primera función de la habitación es ofrecer evasión y amparo frente a un mundo más y más amenazante y peligroso, estableciéndose, según escribe Maura Rossi, como un refugio donde “quitarse el día de encima, descansar agotados en el suelo sin que nadie lo reproche, desaparecer durante algunas horas, apagar el móvil, en ocasiones incluso gritar o llorar” (40). La segunda función es la de proporcionar invisibilidad para burlar la vigilancia que los acecha, trocándose en un centro operativo dentro de cuyas paredes se organizan y llevan a cabo, ocultamente, actividades de espionaje y acciones subversivas.

NUEVAS FORMAS DE REPOLITIZACIÓN

A lo largo de estas páginas se ha podido notar cómo *La habitación oscura* articula una profunda y lúcida radiografía de una generación que durante los tiempos de la ‘prosperidad’ vivió sumida en un estado general de autocomplacencia, hedonismo y desinformación, lo cual no implica, no hace falta decirlo, que Rosa caiga en los mantras culpabilizadores del tipo ‘hemos vivido por encima de nuestras posibilidades’. En la última parte del texto, empero, los personajes parecen despertarse del largo letargo político en el que habían habitado y comienzan a trastocar sus llantos de sufrimiento en protesta, al principio de manera verbal, sin involucrarse mucho, y luego después, empujados por Silvia (la más combativa del grupo), de forma más pronunciada. Consecuentemente, la novela no solo contempla a sus protagonistas desde un prisma victimológico (en términos de sufrimiento y vulnerabilidad), sino que también considera su posibilidad de agencia. Como reflexiona uno de sus personajes:

También creció nuestra conciencia política, es cierto: en las reuniones de los sábados ahora hacíamos nuestra la grandilocuencia de Silvia, como ella también decíamos estafa, saqueo, robo, desmantelamiento del estado de bienestar, violencia económica, crimen social; decíamos capitalismo, la mayoría casi nunca lo habíamos pronunciado pero ahora lo repetíamos varias veces al día, capitalismo, capitalismo, capitalismo; nos decíamos hartos, furiosos, indignados, el estallido social estaba siempre a la vuelta de la esquina, la situación era insostenible, explosiva, dramática, incluso levantamos la voz para exigir cárcel, justicia, revolución, guillotina. (138)

En líneas generales, la angustia generada por la crisis es un estado políticamente ambivalente y contradictorio: por un lado, puede resultar paralizante e impedir que

puedan combatirse sus causas, y por otro, puede también llevar a una reactivación de una pulsión transformadora y revolucionaria. Como sostiene Antonio Gómez López-Quiñones en este respecto, el escenario de la crisis podría ser, de modo paradójico, una buena oportunidad para abrir nuevos espacios ideológicos y propulsar la emancipación social. Para este autor, la “paradoja radica en que la precariedad es el debilitador veneno que el capitalismo nos aplica y, al mismo tiempo, la medicina curativa con la que podemos salir propulsados hacia algo mejor” (2016: 133). Esta misma idea la expone Slavoj Žižek cuando argumenta, evocando una frase de Mao Zedong –“todo bajo el sol está en un caos absoluto, la situación es excelente”–, que los contextos de crisis económicas y sociales son indudablemente dolorosos e inevitables, pero al mismo tiempo brindan “una oportunidad que debe ser aprovechada al máximo” (2012: 34). A la luz de estas ideas, *La habitación oscura*, tras ofrecer una visión crítica de una realidad definida por la creciente desigualdad e injusticia (el refuerzo de las medidas neoliberales, el proceso de precarización, la intensificación de la vigilancia), se hace eco a la vez de las posibles respuestas contestatarias, es decir, da cuenta de esa paradójica esperanza de cambio que se abre entre la angustia, la incertidumbre y la ansiedad. A continuación, me detendré brevemente, para terminar este ensayo, en cómo Rosa recoge, problematizándolas dentro de su marco generacional, la eclosión de expresiones de resistencia y solidaridad civil.

Atendiendo a cómo Rosa plasma las nuevas formas de activismo, Mélanie Valle (2015) distingue entre dos grupos de activistas: un grupo minoritario de militantes anticapitalistas que no dejan de combatir el sistema, y cuya dedicación precede a la crisis, y el resto de los personajes, quienes se ven impelidos a actuar frente a la degradación de las condiciones materiales y la ausencia de futuro. En el primer grupo destaca Silvia, la única que cuenta con una larga trayectoria militante y que parece estar ampliamente instruida en el funcionamiento del sistema que enfrentan, mientras el segundo grupo está compuesto por casi todos los demás.

Este último grupo, formado por la mayoría de los protagonistas, se moviliza en esta última parte de la novela tras haberse mantenido al margen de toda actividad política durante la época de las vacas gordas. Con el deterioro inexorable de las “verdades” en las que habían crecido, emerge en ellos, bajo el liderazgo de Silvia, una nueva conciencia social en virtud de la cual adquieren otro lenguaje (138) y empiezan a asistir con regularidad a las movilizaciones contra el austericio o los desahucios (146). Sin embargo, y sin negar el valor positivo de este cambio, da la sensación de que estos jóvenes son incapaces en última instancia de emanciparse de ellos mismos y sobreponerse al sentimiento de nostalgia hacia todo lo que se perdió en el camino. En contraste con las críticas anticapitalistas de Silvia, la incipiente toma de conciencia de estos personajes podría describirse a partir de aquello que Mark Fisher apoda como “realismo capitalista”, es decir, la aceptación fatalista de que en el fondo puede hacerse muy poco contra el sistema-mundo configurado por el capitalismo. Mayoritariamente contruidos por los modelos neoliberales del consumo, este grupo de personajes, más allá de sus buenas intenciones y veleidades revolucionarias, no parece estar en condiciones de poder socavar los cimientos del orden existente y/o comprometer seriamente a las elites.

A juicio de Maura Rossi, lo que emerge de la trama es, efectivamente, el retrato de un colectivo impotente frente a su situación, atrapado en un activismo ingenuo, incapaz de producir algún efecto tangible (43). Como lo verbaliza la misma Silvia en la novela:

En el fondo no queréis cambiar nada, vuestra aspiración es que todo vuelva a ser como antes. Aunque uséis grandes palabras y votéis en las asambleas por un cambio de sistema económico, en realidad seguís queriendo lo de siempre: una buena casa, un buen sueldo, un buen coche, unas buenas vacaciones. Protestáis, sí, pero con cuidado de no romper nada. Y esto no va a cambiar con guerras de almohadas. (183)

Solamente Silvia, entonces, parece estar realmente capacitada para imaginar otros mundos posibles y concebir nuevas formas de rebelarse contra las injusticias en un contexto de decadencia de las estructuras tradicionales de contestación y solidaridad (sindicatos, organizaciones barriales). Con la colaboración de Jesús, el compañero informático devenido en hacktivista, este personaje explora el potencial subversivo de las herramientas tecnológicas con el objetivo de usarlas como instrumento de venganza política. Una de estas potencialidades es la vigilancia inversa de los jefes de las grandes corporaciones y de los responsables de los males sociales y económicos, de manera que quienes han vulnerado la intimidad de sus empleados, puedan a su vez ser vigilados. A lo largo de la narración, el lector se topa con un conjunto de pasajes cortos (todos ellos encabezados por el título “Rec”), en los que diversas personas son grabadas por una webcam introducida en la intimidad de sus espacios domésticos, captando imágenes que puedan resultar comprometedoras (desnudos o en ropa interior, hurgándose la nariz, masturbándose, esnifando cocaína, etc.). Este material, según lo explica Silvia, será luego susceptible de ser utilizado, cuando se dé la oportunidad, como una forma de extorsión o revancha compensatoria por los daños causados:

La ley permitía que las empresas controlasen a los trabajadores, que los vigilasen, pero no permitía lo contrario: que los trabajadores se asomasen por el mismo agujero para mirar al otro lado. Eso es lo que estaban haciendo Jesús, ella y el resto del grupo: darles a probar de su propia medicina, controlar remotamente sus equipos mediante la misma herramienta con la que ellos vigilaban a sus trabajadores. Podía ser ilegal, sí, pero era legítimo, era justo. (177)

De manera parecida, Jesús, para vengar la violación que sufre María a manos de un sujeto ajeno al círculo de amigos, inserta materiales pornográficos ilegales en el ordenador del agresor y lo delata luego a la policía: “el plan de Jesús era tan simple como contundente: meterle mierda, mucha mierda, de la peor, enterrarlo en mierda: llenar su disco duro de basura, archivos sucios descargados de los sitios más infames” (208).

Al contrario del grupo principal, Silvia y Jesús plantean una enmienda a la totalidad del sistema y perciben la lucha en términos de combate bélico, articulando sus tácticas revolucionarias desde un antagonismo visceral, pues “hacía tiempo que el otro bando no respetaba ninguna línea roja, nos estaban pisoteando y teníamos que dejar de lado los escrúpulos, esto era una guerra y las guerras siempre son sucias” (177-178). Y en dicho contexto, la habitación oscura adquiere un rol relevante como espacio invisible desde el cual operar sin ser observado, conformándose en una suerte de célula

clandestina desde donde ejecutar sus políticas de venganza y ruptura. No queda claro, sin embargo, si esta estrategia de combate es a la postre productiva o si, en cambio, termina por ser contraproducente. Mi impresión es que el activismo e idealismo político de Silvia, por mucha simpatía que pueda despertar —y tal se diría que es el caso del autor— se materializa finalmente en acciones demasiado aisladas y minoritarias que, sin formar parte de un movimiento comunitario amplio, tienen visos de estar condenadas al fracaso.

Puede decirse, a modo de conclusión, que la novela apunta a la necesidad de organizarse políticamente en estos tiempos oscuros a la vez que parece transmitir un cierto pesimismo, al menos a propósito de la generación nacida en los años setenta. Del mismo modo que se hace imperativo buscar alternativas para modificar las injusticias, se insinúa la dificultad de hacerlo a través de las operaciones atomizadas y hasta cierto punto desesperadas de Silvia, a la vez que se presenta a una generación políticamente estéril en su conjunto, de algún modo anclada entre la generación de sus padres (que habían engrosado las filas del antifranquismo) y la generación inmediatamente posterior (que protagonizó mayoritariamente las revueltas indignadas y la ocupación de las plazas del 15M). Al final de la narración (lo sabe el lector desde el comienzo), los protagonistas esperan en la habitación a ser detenidos por la policía por haber sido cómplices del delito cometido (asalto a la intimidad de los poderosos), presentando así un desenlace abierto, sin una clara resolución, sin la imposición de un único cierre.

CONCLUSIÓN

La habitación oscura propone una reflexión en torno a la crisis que se articula a través de la relación que se da entre la historia de los protagonistas y la metáfora central de la habitación. Como se ha explicado en este ensayo, su desarrollo narrativo presenta una sugerente estructura a partir de tres temporalidades: la vida falsamente exitosa durante la fase del crecimiento o boom (la habitación como espacio para la fiesta), la transición hacia la condición de precarios a partir de la crisis (la habitación como refugio o búnker) y el reflatamiento de las luchas y solidaridades colectivas (la habitación como escondite y centro clandestino). De esta manera, cabría afirmar que la novela de Rosa testimonia el quiebre histórico de una generación (y por extensión, de un país) que transitó desde la supuesta prosperidad consumista a la degradación del precariado, apelando, no obstante, a la correlación dialéctica entre ambos tiempos, a saber: la crisis no irrumpe en el vacío, sino que los ‘felices’ años 90 e inicios de los 2000 ya estaban atravesados de esas desigualdades estructurales (temporalidad laboral, bajos salarios) que sus protagonistas no supieron ver. Aquí radica uno de los sentidos críticos del texto: la denuncia del conformismo acrítico que subyacía a la ilusión de prosperidad y la cultura neoliberal en las cuales se hallaba sumida la mayoría de la población en las décadas anteriores a la crisis. Por último, Rosa abre una ventana hacia el futuro y hacia la posibilidad de una resistencia, adivinándose en este gesto, sin embargo, una cierta desesperanza generacional. En conclusión, la novela propone una lúcida aproximación a la crisis y sus consecuencias a través de un grupo de amigos que llegó a la edad adulta

alrededor del cambio de milenio, primero ‘divirtiéndose’ durante la fase del milagro, luego padeciendo la recesión devastadora, y finalmente incorporándose a un proceso de repolitización.

BIBLIOGRAFÍA

- ARRIZABALO MONTORO, Xavier (2016): “¿Es inevitable la precariedad en el capitalismo del siglo XXI? Rentabilidad, explotación y destrucción de fuerzas productivas en el estadio imperialista”, en Álvarez-Blanco, Palmar; Gómez López-Quiñones, Antonio (2016): *La imaginación hipotecada: Aportaciones al debate sobre la precariedad del presente*, Barcelona: Libros en acción, pp. 19-33.
- BECERRA MAYOR, David (2013): “*La habitación oscura* de Isaac Rosa”, *La Marea*, 9 de septiembre
- BECERRA MAYOR, David (ed.) (2015a): *Convocando al fantasma. Novela crítica en la España actual*, Madrid: Tierradenadie Ediciones.
- BECERRA MAYOR, David (2015b): *La Guerra Civil como moda literaria*, Madrid: Clave Intelectual.
- BAUMAN, Zygmunt; BORDONI, Carlo (2016): *Estado de crisis*, Barcelona: Paidós.
- CHUL-HAN, Byung (2014): *Psicopolítica. Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*, Madrid: Herder.
- CLAESSON, Christian (ed.) (2019): *Narrativas precarias. Crisis y subjetividad en la cultura española actual*, Xixón: Hoja de Lata.
- DARDOT, Pierre; LAVAL, Christian (2013): *La nueva razón del mundo*, Madrid: Gedisa.
- DELGADO, Luisa Elena (2014): *La nación singular: Fantasías de la normalidad democrática española (1996-2011)*, Madrid: Siglo XXI.
- ETXEZARRETA, Miren (2007): “Del pleno empleo a la plena precariedad”, *Sociedad y utopía*, 29, pp. 183-202.
- FISHER, Mark (2018): *Realismo capitalista. ¿No hay alternativa?*, Madrid: Caja negra.
- GÓMEZ LÓPEZ-QUIÑONES, Antonio (2013): “Aviso para navegantes: La crítica del capitalismo y sus im/posibilidades (Notas para un mapa conceptual de la crisis de 2008)”, *Revista de ALCES XXI. Journal of Contemporary Spanish Literature & Film*, 1, pp. 68-145.
- GÓMEZ LÓPEZ-QUIÑONES, Antonio (2016): “La precariedad de la precariedad y el discreto encanto de la culpa política”, en Álvarez-Blanco, Palmar; Gómez López-Quiñones, Antonio (2016): *La imaginación hipotecada: Aportaciones al debate sobre la precariedad del presente*, Barcelona: Libros en acción, pp. 133-147.
- JURADO MORALES, José (2014): “La literatura como responsabilidad social. *La habitación oscura* de Isaac Rosa”, *Ínsula*, 809, pp. 34-37.
- LABRADOR, Germán (2012): “Las Vidas sub-prime: la circulación de *historias de vida* como tecnología de imaginación política en la crisis española (2007-2012)” *Hispanic Review*, 80,4, pp. 557-581.
- LASEXTA (2019): “‘España va bien’: así defendía Aznar en España y el resto del mundo el milagro económico de Rodrigo Rato”, 5 de marzo.
- LÓPEZ, Isidro; Emmanuel RODRÍGUEZ (2010): *Fin de ciclo: financiarización, territorio y sociedad de propietarios en la onda larga del capitalismo hispano (1959-2010)*, Madrid: Traficantes de Sueños.

- LOREY, Isabell (2016): *Estado de inseguridad. Gobernar la precariedad*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- MARTÍN CABRERA, Luis (2010): “Contra la suspensión de la mirada crítica: Reflexiones sobre la persistencia del conflicto capital/trabajo en la cultura contemporánea española”, *Arizona Journal of Hispanic Cultural Studies*, 14, pp. 117-138.
- MARTÍNEZ, Guillem (ed.) (2012): *CT o la Cultura de la Transición. Crítica a 35 años de cultura española*, Barcelona: Debolsillo.
- MORENO-CABALLUD, Luis (2017): *Culturas de cualquiera. Estudios sobre democratización cultural en la crisis del neoliberalismo español*, Madrid: Acuarela Libros.
- PÉREZ-OROZCO, Amaia (2014): *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- REDACCIÓN (2007): “España está en la ‘Champions League de las economías mundiales,’ según Zapatero”, *Público*, 11 de septiembre.
- RODRÍGUEZ, Emmanuel (2013): *Hipótesis Democracia. Quince tesis para la revolución anunciada*, Madrid: Traficantes de Sueños.
- ROSA, Isaac (2014): *El vano ayer*, Barcelona: Seix Barral.
- ROSA, Isaac (2015): *La habitación oscura*, Barcelona: Seix Barral.
- ROSSI, Maura (2020): “La ficción responsable se convierte en antídoto: el ‘contra-realismo’ de Isaac Rosa como discurso alternativo ante la crisis”, *Narraplus*, 3, pp. 10-52.
- SÁNCHEZ-LEÓN, Pablo (2010): “Encerrados con un solo juguete. Cultura de clase media y metahistoria de la transición”, *Mombassa. Revista de Arte y Humanidades*, 8, pp. 11-17.
- SASSEN, Saskia (2005): *Expulsiones. Brutalidad y complejidad en la economía global*, Buenos Aires: Katz Editores.
- STANDING, Guy (2013): *El precariado. Una nueva clase social*, Barcelona: Ediciones de pasado y presente.
- VALLE DETRY, Mélanie (2015): “Isaac Rosa, a la búsqueda del conflicto perdido”, en Becerra Mayor, David (ed.): *Convocando al fantasma. Novela crítica en la España actual*, Madrid: Tierradenadie Ediciones, pp. 161-202.
- ŽIŽEK, Slavoj (2012): *¡Bienvenidos a tiempos interesantes!*, Tafalla: Editorial Txalaparta.